

PERE J. QUETGLAS

EPISODIOS DE CONVIVENCIA DE LENGUAS EN LAS «NUEVAS HISTORIAS NACIONALES»

Nuestra intervención tiene como objetivo tratar las situaciones de contacto de lenguas recogidas por una serie de historiadores cuyas obras se suelen agrupar bajo el título, seguramente inadecuado, de "nuevas historias nacionales". A grandes rasgos, podemos decir que las características de estos historiadores son las siguientes:

1ª Escriben después de la caída del Imperio Romano de Occidente (año 476) y tienen como objetivo inmediato ensalzar la historia de cada uno de los pueblos que, en una medida u otra, han conseguido cierta relevancia con la desaparición de este poder o que, a la postre, se han beneficiado de ello.

2ª Su época de actividad abarca, aproximadamente, del 500 al 800, empezando por Casiodoro, el ilustre erudito de la corte ostrogoda de Teodorico el Grande y autor de una historia del pueblo godo en doce libros, hoy desaparecida, y que conocemos parcialmente gracias a la refundición que de ella hizo Jordanes, otro historiador del siglo vi, posterior en muy pocos años al propio Casiodoro; y termina con la *Historia Langobardorum* de Pablo el Diácono (siglo viii), pasando por Gildas (vi), con el *De excidio et conquestu Britanniae*; por Isidoro de Sevilla (vi-vii), con sus *Historiae Wisigothorum, Wandalorum et Sueborum*; Gregorio de Tours (siglo vi), con su *Historia Francorum*; por Beda (siglos vii-viii), con la

Historia ecclesiastica gentis Anglorum, sin olvidar otras obras y otros autores que, aunque de menor relieve, fueron la fuente o los continuadores de algunos de los que acabamos de citar. Cabe decir que todas estas obras tienen finalidades últimas muy distintas y con toda seguridad es exagerado darle a alguna de ellas la etiqueta de historia nacional. Pero todo tiene una explicación lógica. Cuando se habla de un período del cual no tenemos demasiadas referencias, pero que es importantísimo para la formación de la conciencia nacional de muchos estados actuales, no debe sorprender que cada uno busque lo poco que hay allá donde se encuentra. Y en este sentido estas historias son una fuente inestimable.

3ª Están redactadas en latín, llamémosle medieval, y la calidad literaria de los autores es notablemente desigual.

Situadas las coordenadas en que vamos a movernos, hay que decir inmediatamente que es del todo imposible entender la actitud de estos autores, si no se parte de la actitud general que los romanos adoptaron con respecto a las relaciones del latín con las lenguas de su entorno. Y ésta fue una actitud de autocomplacencia fiada en la superioridad del latín en detrimento de las otras lenguas que, para los romanos, eran únicamente signo de incultura y barbarie, excepción hecha del griego, cuestión sobre la que vamos a tener que volver posteriormente. Así, no pueden extrañar las lamentaciones de Ovidio en su destierro del Ponto, donde uno de los tormentos, y no el menor, consistía en la imposibilidad de poder hablar en latín. Las alusiones a este hecho son constantes y reiteradas:

Nulla mihi cum gente fera commercia linguae.

Ouid., *Trist.* III, 11, 9

Per gestum res est significanda mihi.

Barbarus hic ego sum, qui non intellegor ulli,

Et rident stolidi uerba latina Getae,

Meque palam de me tuto male saepe loquuntur,

Forsitan obiciunt exilium mihi;

Ouid., *Trist.* V, 10, 36-40

Y el clímax va ganando en intensidad —en parte respondiendo también a un artificio retórico o poético— cuando Ovidio llega al punto de ejemplificar lo insoportable de su nueva situación en el

hecho de que él, un romano, se sintiera en la obligación de aprender sármata y geta:

Ipse mihi uideor iam dedicisse Latine
Nam didici Getice Sarmaticeque loqui.
Ouid., *Trist.* V, 12, 57-58

y que incluso se atreviera a escribir una obra en la lengua de los getas:

Ah, pudet! et Getico scripsi sermone libellum
Structaque sunt nostris barbara uerba modis.
Ouid., *Pont.* IV, 3, 19-20

Pero mucho más importante que los éxtasis líricos de Ovidio es el carácter de arma política que le dieron los romanos a su lengua. Cuando se dice, reflejando la realidad, que los autores latinos hablan poco de las otras lenguas, no parece probable que pueda pensarse que desconocían su existencia. Entonces, ¿a qué se debe esta reiterada omisión? Simplemente respondía a lo que era la norma oficial romana: no recurrir nunca a las lenguas extranjeras. Esta actitud provoca situaciones tan curiosas como la que explica Valerio Máximo, historiador del siglo I d. C., en su deliciosa recopilación de dichos y hechos memorables:

Magistratus vero prisci quantopere suam populi que Romani maiestatem retinentes se gesserint hinc cognosci potest, quod inter cetera obtinendae gravitatis indicia illud quoque magna cum perseverantia custodiebant, ne Graecis umquam nisi latine responsa darent. Quin etiam ipsos linguae volubilitate, qua plurimum valent, excussa per interpretem loqui cogebant non in urbe tantum nostra, sed etiam in Graecia et Asia, quo scilicet Latinae vocis honos per omnes gentes venerabilior diffunderetur. Nec illis deerant studia doctrinae, sed nulla non in re pallium togae subici debere arbitrabatur, indignum esse existimantes inlecebris et suavitati litterarum imperii pondus et auctoritatem donari.

Val. Max., II, 2, 2

No se trataba, pues, de que los romanos no supieran griego, sino de que políticamente, dialécticamente, no consideraban en absoluto conveniente cambiarse a la lengua del rival, para evitar que éste, sobre todo si era griego, los embaucara utilizando artificios de su

lengua. En consecuencia, no faltan referencias al contacto con otras lenguas, pero éstas quedan reducidas al mínimo indispensable. Así, por ejemplo, a través de Livio conocemos la práctica diplomática, todavía hoy vigente, cuando relata una entrevista entre Publio Cornelio Escipión y Aníbal, en el transcurso de la segunda guerra Púnica, y dice que cada uno se valía de un intérprete:

Summotis pari spatio armatis, cum singulis interpretibus congressi sunt, non suae modo aetatis maximi duces sed omnis ante se memoriae omnium gentium cuilibet regum imperatorumque pares...

Liu. XXX, 30, 1

Asimismo también era práctica habitual prescindir del traductor de oficio cuando su presencia era peligrosa o inconveniente. En esta ocasión el testimonio lo aporta César:

Itaque priusquam quicquam conaretur, Diuiciacum ad se uocari iubet et, cotidianis interpretibus remotis, per C. Valerium Procillum, principem Galliae prouinciae, familiarem suum, cui summam omnium rerum fidem habebat, cum eo colloquitur.

Caes., *Gall.* I, 19, 3

Así pues, debe tenerse en cuenta esta concepción imperialista del latín, para que pueda entenderse lo que pasa con los historiadores de los que pretendemos hablar. Estos personajes se ven en la tesitura de cantar las excelencias de su pueblo —caso de Jordanes, de Beda o de Pablo el Diácono— o de un pueblo que, a pesar de serles en principio ajeno, han identificado finalmente como propio —caso de Gregorio de Tours y de Isidoro de Sevilla—; y para ello utilizan el latín, que es la lengua del pueblo sobre el cual se sienten dominadores o del cual se sienten sucesores. Y este simple hecho provoca que la visión imperialista de la lengua que tenían los romanos se transmita también a estas obras, en las que todo se contemplará y analizará siempre a través del prisma del latín. Por ese motivo no debe sorprender que las referencias a contactos lingüísticos sean en un principio mínimas y se reduzcan usualmente a ejercicios etimológicos filtrados a través del latín. Veamos un ejemplo que podemos considerar paradigmático. Jordanes, al intentar explicar el parentesco de los gépidos con los godos, nos cuenta lo siguiente:

Quomodo uero Getae Gepidaeque sint parentes si quaeris, paucis absoluam. Meminisse debes me initio de Scanzia insulae gremio Gothos dixisse egressos cum Berich suo rege, tribus tantum nauibus uectos ad citerioris Oceani ripam; quarum trium una nauis, ut assolet, tardius uecta, nomen genti fertur dedisse; nam lingua eorum pigra, gepanta dicitur. Hinc factum est, ut paulatim et corrupte nomen eis ex conuicio nasceretur.

Iord., *Get.* 17

Esta es una práctica muy habitual y reiterada, que podemos decir que marca el comportamiento normal de algunos de nuestros autores, aunque no de todos. Esto es, una conciencia plena y, al mismo tiempo, muy poco aparente del contacto entre lenguas. Que ello no es ni mucho menos general lo prueba el hecho de que ni Isidoro de Sevilla ni Gregorio de Tours recurren a interpretaciones de este tipo, seguramente a consecuencia de su distinta formación: Isidoro era de origen hispanorromano y Gregorio de Tours era de origen galorromano, lo que hace suponer que para ellos ni el godó ni el fránico eran lenguas de uso común, si es que las conocían. La única ocasión en que Isidoro se acerca a una interpretación de este tipo es cuando, al principio de la *Historia Gothorum*, se refiere el significado del nombre de este pueblo.

Interpretatio autem nominis eorum in linguam nostram tectum quod significatur fortitudo, et re uera: nulla enim in orbe gens fuit quae Romanum imperium adeo fatigauerit.

Isid., *Hist. Goth.* 2 (vers. larga)

Por otro lado, estas omisiones no pueden inducirnos a creer que el tema lingüístico no tuviera su importancia, pues la tenía y mucha, como lo demuestra el episodio en que Jordanes explica el porqué de la conversión de los visigodos al arrianismo:

Vesegothae, id est, alii eorum socii, et occidui soli cultus metu parentum exterriti, quidam de se propter gentem Hunnorum deliberarent, ambigebant: diuque cogitantes, tandem communi placito legatos ad Romaniam direxere, ad Valentem imperatorem, fratrem Valentiniani imperatoris senioris, ut partem Thraciae, siue Moesiae, si illis traderet ad colendum, eius legibus uiuerent, eiusque imperiis subderentur. Et ut fides uberior illis haberetur, promittunt se, si doctores linguae suae donauerit, fieri christianos...

Iord., *Get.* 25

Es decir, que al margen de la cuestión político-social de petición de una nueva sede, todos los problemas, nada desdeñables, que provocó la extensión del arrianismo entre los bárbaros deriva del hecho coyuntural de que el emperador Valente disponía, en el momento de la petición, de maestros capaces de hablar godo.

Dentro de esta uniformidad general hay episodios que llaman fuertemente la atención por lo que tienen de insólito y por la sorpresa que generan en el historiador. Pablo el Diácono, cuando narra las relaciones de los longobardos con los búlgaros, nos dice:

Per haec tempora Vulgarum dux Alzezo nomine, incertum quam ob causam, a sua gente digressus, Italiam pacifice introiens, cum omni sui ducatus exercitu ad regem Grimuald uenit, ei se seruiturum atque in eius patria habitaturum promittens. Quem ille ad Romualdum filium Beneuentum dirigens, ut ei cum suo populo loca ad habitandum concedere deberet, praecepit. Quos Romualdus dux gratanter excipiens, eisdem spatiosa ad habitandum loca, quae usque ad illud tempus deserta erant, contribuit, scilicet Sepinum, Bouianum et Iserniam et alias cum suis territoriis ciuitates, ipsumque Alzeconem, mutato dignitatis nomine, de duce gastaldium uocitari praecepit. Qui usque hodie in his ut diximus locis habitantes, quamquam et Latine loquantur, linguae tamen propriae usum minime amiserunt.

Paul. Diac., *Hist. Lang.* V, 29

El hecho es que Pablo el Diácono considera digna de admiración esta persistencia nacionalista de los búlgaros por mantener su propia lengua, en lugar de recurrir otra mucho «mejor»: la latina; pues hay que señalar que la lengua adoptada no es la del otro pueblo bárbaro que entre en escena, los longobardos, sino el latín.

De todos modos, lo más sorprendente —que anuncia ya un cambio de mentalidad que encontraremos de nuevo en otras épocas posteriores— es el episodio de la conversión de los anglosajones en la narración de Beda. La historia se retrotrae al siglo vi, al pontificado de Gregorio el Grande, y consta de diversas etapas. La primera es la toma de conciencia por parte de Gregorio, cuando todavía no era papa, de la necesidad de convertir a los anglosajones. El hecho se produce en una visita de Gregorio a un mercado de esclavos; allí se encuentra con unos seres de cuerpo angelical que no se adecuaba para nada a sus creencias paganas:

Dicunt quia die quadam cum aduenientibus super mercatoribus multa uenalia in forum fuissent conlata, multique ad emendum confluxissent, et

ipsum Gregorium inter alios aduenisse ac uidisse inter alia pueros uenales positos, candidi corporis, ac uenusti uultus, capillorum quoque forma egregia. Quos cum aspiceret, interrogauit, ut aiunt, de qua regione uel terra essent adlati. Dictum est quod de Britannia insula, cuius incolae talis essent aspectus. Rursus interrogauit, utrum iidem insulani essent Christiani, an pagani adhuc erroribus essent implicati. Dictum est quod essent pagani. At ille intimo ex corde longa trahens suspiria: «Heu, pro dolor!» inquit, «quod tam lucidi uultus homines tenebrarum auctor possidet, tantaque gratia frontispicii mentem ab interna gratia uacuum gestat!» Rursus ergo interrogauit, quod esset uocabulum gentis illius. Responsum est, quod Angli uocarentur. At ille, «Bene», inquit, «nam et angelicam habent faciem, et tales angelorum in caelis decet esse coheredes. Quod habet nomen ipsa prouincia de qua isti sunt adlati?» Responsum est, quod «Deiri» uocarentur iidem prouinciales. At ille: «Bene», inquit, «Deiri, de ira eruti, et ad misericordiam Christi uocati. Rex prouinciae illius quomodo appellatur?» Responsum est quod «Aelli» diceretur. At ille adludens ad nomen ait: «Alleluia! Laudem Dei Creatoris illis in partibus oportet cantari.» Accedens ad pontificem Romanae et apostolicae sedis, nondum enim erat ipse pontifex factus, rogauit ut genti Anglorum in Britanniam aliquos uerbi ministros, per quos ad Christum conuerteretur, mitteret; seipsum paratum esse in hoc opus Domino cooperante perficiendum, si tamen apostolico papae, hoc ut fieret, placeret. Quod dum perficere non posset; quia, etsi pontifex concedere illi quod petierat uoluit, non tanem ciues Romani, ut tam longe ab urbe secederet, potuere permittere; mox ut ipse pontificatus officio functus est, perfectit opus diu desideratum: alios quidem predicatorum mittens, sed ipse praedicationem ut fructificaret, suis exhortationibus ac precibus adiuuans.

Beda, *Hist. eccl. gent. Angl.* II, 1

Antes de seguir con la historia quisiera poner de relieve una circunstancia que podría haber pasado desapercibida. Se refiere al diálogo entre Gregorio y los esclavos; éstos, aunque no se diga, no podían entender el latín, de la misma manera que Gregorio no entendía la lengua de los prisioneros. Ello tiene manifestación sintáctica en la formulación pasiva de las respuestas (*dictum est, responsum est*). Sin duda este es un aspecto que habrá que tener en cuenta en el momento de rastrear indicios de la forma de producirse el contacto y la intercomunicación lingüística en los casos en que los textos no son más explícitos.

Continuemos con la historia. Cuando Gregorio, ya papa, decide emprender la tarea de conversión del pueblo que tanta admiración le había producido, y envía una misión a aquella isla de Bretaña, se produce lo que podríamos llamar una huelga de misioneros; éstos,

ante la dificultad de su tarea, se detienen a medio camino y se resisten a continuar:

Qui [Gregorius] diuino admonitus instinctu anno decimo quarto eiusdem principis, aduentus uero Anglorum in Britannia anno circiter centesimo quinquagesimo, misit seruum Dei Augustinum, et alios plures cum eo monachos timentes Domnum, praedicare uerbum Dei genti Anglorum. Qui cum iussis pontificalibus obtemperantes, memoratum opus adgredi coepissent, iamque aliquantulum itineris confecissent, perculsi timore inerti, redire domum potius, quam barbaram, feram, incredulam gentem, cuius ne linguam quidem nossent, adire cogitaban, et hoc esse tutius communi consilio decernebant. Nec mora, Augustinum, quem eis episcopum ordinandum si ab Anglis susciperentur disposuerat, domum remittunt, qui a beato Gregorio humili supplicatu obtineret ne tam periculosam, tam laboriosam, tam incertam peregrinationem adire deberent.

Beda, *Hist. eccl. gent. Angl.* I, 23

Hallamos, por tanto, por primera vez una situación expresa de vacilación o duda sobre la superioridad y suficiencia del conocimiento del latín. Evidentemente el papa insiste en pedirles que continúen su misión; pero sospecha que las oraciones y la buena fe resulten insuficientes, por lo que les da un consejo definitivo: que contraten traductores que les permitan superar el contratiempo. Y así lo hicieron, según sigue contando Beda:

Acceperant autem, praecipiente beato papa Gregorio, de gente Francorum interpretes, et mittens ad Aedilberctum, mandauit se uenisse de Roma, ac nuntium ferre optimum...

Beda, *Hist. eccl. gent. Angl.* I, 25

Sin duda este episodio —junto con el de los búlgaros, aunque por motivos diferentes— es lo más notable que encontramos en estas historias; al menos por lo que tiene de demostración incuestionable de que la creencia en la superioridad del latín como lengua de comunicación, que durante tanto tiempo se había mantenido firme, ya estaba en crisis.